

2.- NOVIEMBRE: REVELACIÓN-RESPUESTA

PREGUNTAS:

¿Descubres la revelación de Dios en los acontecimientos que te suceden? ¿Agradeces y te alegras por el mero hecho de poder conocer al Señor? ¿Cómo te “habla” de Dios la naturaleza? ¿Es la fe el tesoro de tu vida? ¿Qué dimensiones de tu vida han sido recreadas por la fe y cuáles han de ser modeladas todavía? ¿Hay alguna parte de tu vida que no se vea afectada por tu fe? ¿Puedes decir que tu fe crece y se fortalece a lo largo de tu vida? ¿Crees que conoces y amas a Dios más y mejor que antes? ¿Por qué?

TEXTOS:

Flp 3,4b-14; Flp 1,27-30; Heb 11 en paralelo con *PF* 13, en paralelo con las cosas que has realizado por la fe y las cosas que deseas hacer movido por la fe; *CIC* 26-165.

“Dios, creando y conservando el universo por su Palabra, ofrece a los hombres en la creación un testimonio perenne de sí mismo; queriendo además abrir el camino de la salvación que viene de lo alto, se reveló desde el principio a nuestros primeros padres. Después de su caída, los levantó a la esperanza de la salvación con la promesa de la redención; después cuidó continuamente del género humano, para dar vida eterna a todos los que buscan la salvación con la perseverancia de las buenas obras. Al llegar el momento, llamó a Abrahán para hacerlo padre de un gran pueblo. Después de la edad de los patriarcas, instruyó a dicho pueblo por medio de Moisés y por los profetas, para que lo reconociera a Él como Dios único y verdadero, como Padre providente y justo juez para que esperara al Salvador prometido. De este modo fue preparando a través de los siglos el camino del Evangelio” (CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dei Verbum* 3).

“Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, los hombres tienen acceso en el Espíritu Santo al Padre y se hacen partícipes de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, por la abundancia de su amor, habla a los hombres como a amigos y dialoga con ellos para invitarlos y recibirlos en su comunión. El designio de esta revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente unidos entre sí, de modo que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades significadas por las palabras, mientras que las palabras proclaman las obras y explican el misterio contenido en ellas. La verdad profunda de Dios y del hombre, por medio de esta

revelación, resplandece para nosotros en Cristo, que es a la vez mediador y plenitud de toda la revelación” (CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dei Verbum* 2).

“A Dios que se revela, el hombre debe prestar la obediencia de la fe, por la que el hombre se entrega entera y libremente a Dios, ofreciendo el obsequio total de su entendimiento y voluntad a Dios que se revela y asintiendo voluntariamente a la revelación que Dios le ha dado. Para dar respuesta de fe es necesaria la gracia de Dios, que se adelanta y nos ayuda y el auxilio interior del Espíritu Santo, que mueve el corazón lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede a todos gusto en aceptar y creer la verdad. Para que el hombre pueda comprender cada vez más profundamente la revelación, el Espíritu Santo perfecciona constantemente la fe con sus dones” (CONCILIO VATICANO II, *Constitución Dei Verbum* 5).

“El hombre nunca debe abandonar a Dios, ni de día ni de noche, ni en público ni en privado, ni con sus palabras ni con sus acciones, sino que el alma debe vivir siempre en tensión hacia Dios” (CELSE, filósofo pagano, del s. II).

“Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. En la medida de su disponibilidad libre, los pensamientos y los afectos, la mentalidad y el comportamiento del hombre se purifican y transforman lentamente... La fe... se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre (cf. Rm 12,2; Col 3,9-10; Ef 4,20-29; 2Co 5,17)” (BENEDICTO XVI, *PF* 6).

“Con la celebración de la Eucaristía llegamos al momento culminante de esta Jornada Mundial de la Juventud. Al veros aquí, venidos en gran número de todas partes, mi corazón se llena de gozo pensando en el afecto especial con el que Jesús os mira. Sí, el Señor os quiere y os llama amigos suyos (cf. Jn 15,15). Él viene a vuestro encuentro y desea acompañaros en vuestro camino, para abriros las puertas de una vida plena, y haceros partícipes de su relación íntima con el Padre. Nosotros, por nuestra parte, conscientes de la grandeza de su amor, deseamos corresponder con toda generosidad a esta muestra de predilección con el propósito de compartir también con los demás la alegría que hemos recibido” (BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa de clausura con motivo de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud*, Madrid, 21 de agosto de 2011).